

Recensiones

Victor Bulmer-Thomas. *The political economy of Central America since 1920*. Cambridge: University Press, 1987, 416 páginas.

El propósito de este libro es examinar la naturaleza del desarrollo económico de Centroamérica y resolver la confusión sobre el papel de los factores económicos en la presente crisis. Bulmer se siente obligado a tratar este tema porque los planes sobre el futuro centroamericano muestran poco interés acerca del papel de los factores económicos y tienen el peligro de crear en el futuro las condiciones que han contribuido a la crisis actual.

El libro cumple de una manera excelente con el primer propósito al ofrecer una síntesis muy completa del modelo económico-social centroamericano, todo ello respaldado por una serie de cuadros iluminadores y por un enorme apéndice estadístico. Por lo que toca a la segunda preocupación, Bulmer puede estar tranquilo, pues la crisis actual no podrá ser superada si no se altera de forma radical el modelo económico predominante hasta ahora. De hecho, la prolongación de las crisis centroamericanas actuales son una buena prueba de ello: hasta ahora el modelo sigue funcionando con ajustes que le permiten sobrevivir.

En este libro hay mucho que aprender sobre el funcionamiento o más bien sobre el no funcionamiento del modelo económico en cada uno de los países centroamericanos desde 1920 hasta 1986. Este modelo tiene una historia, con cuatro momentos de especial significado: la revolución liberal y el predominio del café en la economía (1970), el comienzo de la depresión y el final del Estado liberal oligárquico (1930), el choque de las reformas democráticas con el caudillismo autoritario (1944), y la caída de Somoza y del general Romero y el principio de la segunda gran crisis en 1979.

El hilo conductor del libro es el modelo económico agroexportador cuya naturaleza ha ido cambiando desde 1920. Estos cambios están cuidadosamente documentados. Bulmer sostiene la existencia de cinco cambios, cada uno con implicaciones diferentes para la economía de subsistencia y la sociedad.

En su primera fase, hasta finales de la década de 1940, el modelo agroexportador estuvo concentrado en el café y el banano. Fue un modelo muy sencillo que funcionó bien en condiciones favorables. La segunda fase comenzó en los años 40 y duró hasta principios de los 60, y se fundamentó en la diversifica-

ción de la agricultura de exportación (café, banano, algodón, azúcar y carne). La diversificación disminuyó la vulnerabilidad del mercado consumidor, pero la aumentó a las adversidades en todos esos mercados en su conjunto.

La tercera fase, ocurrida en 1960, estuvo marcada por la implantación regional de una industrialización para sustituir las importaciones a través del mercado común, pero siempre dentro de un modelo agroexportador. Las nuevas actividades de exportación eran más bien urbanas que rurales, los bienes eran vendidos en mercados protegidos y por primera vez los comerciantes centroamericanos vendieron en los otros mercados nacionales. La competencia comercial entre los países centroamericanos se volvió importante como nunca antes lo había sido.

La cuarta fase ocurrió en 1970 en la medida en que cada país buscó enfatizar las exportaciones no tradicionales fuera de la región mientras continuaba con las exportaciones regionales y las tradicionales. Esta fase, caracterizada por cambios en la legislación industrial, nuevos incentivos y zonas libres, fue, de hecho, superada por los trastornos en la economía mundial y por los cambios en la fortuna de los bienes exportados fuera de la región.

La última fase no se ha cerrado del todo. Comenzó con el final del mercado común después de 1981 y se caracteriza por el abandono del mercado regional. El cambio de política implicó tasas de intercambio flexibles, desmantelamiento de las estructuras proteccionistas, aumento de la inversión externa directa y disciplina salarial efectiva.

A lo largo de estas fases, documentadas estadísticamente país por país, el autor va señalando los grupos interesados en promover e impulsar las variantes del modelo. Además, se fija especialmente en la situación de la clase trabajadora y en los campesinos.

El modelo agroexportador demandó una

combinación de coacción sobre la fuerza de trabajo y una demanda temporal de trabajadores, lo cual tuvo serias consecuencias. Bulmer señala cómo la economía de exportación amenazó a la agricultura de subsistencia, lo cual marginalizó al campesinado sin transformarlo en un proletariado rural empleado. Aunque la coacción laboral se volvió más sofisticada después de la segunda guerra, los intereses exportadores apoyados por un Estado complaciente desplazaron la curva de la oferta de trabajadores hacia la derecha al restringir el acceso a la tierra. Sólo Costa Rica y Honduras, donde el café permaneció en haciendas familiares pequeñas y medianas, y donde se usó menos la fuerza de trabajo asalariada, se evitaron los peores efectos causados por la especialización de la agricultura de exportación.

Las fases segunda, tercera y cuarta añadieron grupos de presión influyentes a los intereses cafetaleros y bananeros de la primera fase. Además, la expansión de las instituciones financieras añadió poderosos círculos bancarios, los cuales perdieron su influencia después de 1979 en El Salvador y Nicaragua, donde los bancos fueron nacionalizados. Aunque estos grupos de presión actuaron independientemente, todos ellos compartían su interés en el éxito del modelo de exportación. Además, los intereses agroexportadores e industriales hallaron la estabilidad monetaria y de la tasa de cambio aceptable, al garantizarles el acceso a las importaciones complementarias en términos muy favorables.

Los grupos de presión independientes empezaron a fusionarse en un único sector privado en los 70, a medida que la situación económica mundial se volvía más volátil y las condiciones políticas internas eran menos estables.

El año 1979 marca la segunda gran crisis del modelo en términos macroeconómicos. La crisis ha minado la estabilidad del nivel financiero y de la tasa de intercambio esta-

blecida a lo largo de 60 años. Los problemas de la tasa de intercambio se han agravado por la salida del capital y por la deuda externa impagable.

La crisis ha forzado a revisar el modelo agroexportador, pues éste, a pesar de su rotundo fracaso histórico, ha sido siempre reajustado. En esta etapa crítica los nuevos impulsos para continuar con él han provenido de Estados Unidos. Sin embargo, la base de los reajustes impuestos ha sido tan pequeña que incluso las tasas espectaculares de crecimiento no tendrán ningún impacto macroeconómico en muchos años. No hay evidencia que sugiera que esta nueva fase del modelo exportador tendrá éxito donde otros han fracasado (págs. 275-279).

Si bien ha habido progresos en la tasa de intercambio, y las reformas agraria y fiscal son animadoras, hay varias áreas necesitadas de reforma que no han sido tocadas; además algunos de los aspectos sociales más importantes han quedado pendientes, mientras que otros (las violaciones a los derechos humanos) se han agravado seriamente desde 1979. Estas deficiencias sugieren la más cuidadosa cautela en la interpretación de la situación actual, dado que una aceleración en el ritmo de las reformas puede no ser suficiente si los problemas básicos se están deteriorando (pág. 293).

Una de estas áreas necesitaba de reformas es la situación de los trabajadores, pues la región aún carece de un movimiento laboral fuerte, responsable e independiente. Este problema se enfatiza repetidamente a lo largo de todo el libro, y muestra lo lejana que está la madurez de la organización de los trabajadores en Guatemala y El Salvador e incluso en Nicaragua.

La justificación para mantener el modelo agroexportador funcionando proviene de la creencia de que el énfasis en las exportaciones, según las ventajas comparativas, estimularía a la economía no destinada a la exportación hasta el punto que ésta adquiriría

un crecimiento autosostenido rápido. Sin embargo, este círculo virtuoso no se ha producido aún en ninguna parte de Centroamérica. Tal como lo muestra la crisis actual, la economía no orientada a la exportación permanece inmensamente vulnerable a las condiciones externas adversas y está lejos de obtener el crecimiento autosostenido.

No obstante estas deficiencias del modelo, Bulmer sostiene que sería errado concluir de aquí que debe ser abandonado. Bulmer cree que la mayor parte de los defectos del modelo podrían ser corregidos a través de varias reformas radicales. Desde 1920 se han intentado varias de éstas, pero todas han fracasado en cuanto a crear condiciones necesarias para un crecimiento exitoso en base a las exportaciones.

Bulmer subraya siempre que el modelo de exportación depende del grado de control sobre los trabajadores rurales, lo cual en varios de los países centroamericanos resulta insostenible con la existencia de una democracia. La coacción sobre los trabajadores también tiene implicaciones para el trabajador urbano, aunque éste nunca ha sufrido el mismo grado de represión gracias a la protección de su estatuto. El derecho al sindicato, a una legislación del salario mínimo, a programas de seguridad social y la promoción de cooperativas se otorgaron primero a los trabajadores urbanos y solamente después, en algunos casos con gran dificultad, a los trabajadores agrícolas. En consecuencia, el movimiento obrero sigue siendo muy débil y ha sido incapaz de proteger el salario real de sus miembros desde 1979. Esto incluye a la Nicaragua sandinista donde la mayoría de los trabajadores está organizada en sindicatos progubernamentales.

Los sindicatos, cuya afiliación solamente comprende a una pequeña fracción de los trabajadores, han dependido con frecuencia del financiamiento externo y sus dirigentes han estado al margen de la política nacional. Bulmer explica con cuidado la situación del movimiento obrero en cada país, señalando

que esta cuestión aún sigue abierta incluso en Nicaragua.

El valor más importante de este libro radica en el detallado estudio de la economía política de Centroamérica desde 1920. El avance del texto está marcado cuidadosamente con documentación estadística. Bulmer no deja fuera a ninguno de los países centroamericanos en cada una de las fases de su análisis. La visión de conjunto de la economía política centroamericana es impresionante.

También hay que destacar su preocupación por tomar en cuenta a las fuerzas sociales vinculadas en el desarrollo del modelo económico, concretamente la situación y el desarrollo del movimiento obrero.

R. C.

Gerardo Pastor Ramos, *Ideologías. Su medición psicosocial*. Biblioteca de Psicología, Nº 16. Barcelona: Editorial Herder, 1986, 304 páginas.

Este es uno de los primeros trabajos serios que se escriben en castellano sobre el problema de la ideología desde una perspectiva psicosocial. Gerardo Pastor Ramos no sólo muestra un excelente conocimiento de las teorías, modelos y técnicas del área, sino que presenta el informe de una investigación dirigida por él mismo en la que demuestra también su dominio práctico. Por todo ello, este libro se va a constituir en un valioso manual de referencia para cursos de psicología social avanzada o de psicología política, e incluso como texto en cursos sobre actitudes y su medición.

La obra se compone de tres partes, aunque no esté así diferenciada. La primera parte, que corresponde a los dos primeros capítulos, trata el problema teórico de la ideología y de la división básica entre ideologías "de derechas" e ideologías "de izquierdas." Como es natural, el análisis de Pastor empieza con el concepto de Marx, que contrapone a las con-

cepciones de Durkheim, de Weber y de Mannheim. El análisis se extiende después a la caracterización ideológica de las tendencias conservadora y progresista, penetrando ya paulatinamente en las operativizaciones psicométricas de estas concepciones. La tesis de Pastor es que "toda ideología se basa en un conjunto sistemático de actitudes, valores y creencias más o menos complejo" (pág. 42); "ideología en psicología social sería sinónimo de correlaciones psicométricas entre actitudes particulares, o de estructura factorial entre múltiples indicadores actitudinales" (pág. 44). Por ello, Pastor habla de la ideología como de un racimo o estructura sistemática de actitudes.

La segunda parte del libro, que abarca del capítulo 3 al 5, entra ya de lleno en un análisis documentado sobre los enfoques psicosociales más conocidos de la ideología, comenzando con el trabajo pionero de Thurstone. El grueso del capítulo 3 se dedica a los modelos de Ferguson, Adorno, Rokeach y Eysenck. En el capítulo 4 se exploran otros desarrollos, particularmente el modelo de Wilson sobre el carácter del conservadurismo. Finalmente, en el capítulo 5 Pastor examina algunos intentos por medir los determinantes sociales de la ideología, en particular la clase social, capítulo que el autor se siente obligado a justificar especialmente, ya que, según él, "de todo el libro éste es el capítulo más desenfocado o fuera de su objeto específico: la psicología social" (pág. 163).

La tercera parte, que corresponde al capítulo 6, presenta un informe detallado sobre la "ideología política y actitudes sociales de los salmantinos," trabajo de investigación desarrollado por el autor, en el que aplica con buena técnica algunos de los planteamientos presentados en las páginas anteriores. Para quien no tiene relación con la realidad sociopolítica de Salamanca, el estudio tienen un mayor interés formal que de contenido; en otras palabras, el estudio interesa más en cuanto ejercicio metodológico que en cuanto a la información que suministra,

obviamente muy local.

Ya hemos dicho que consideramos el trabajo de Pastor como buen aporte analítico, que responde sobradamente a las pretensiones del autor y que puede ser de utilidad para el trabajo académico. Con todo y como es normal, hay aspectos de la obra que bien pueden ser discutidos. A manera de ejemplo, mencionaremos uno de ellos, por cierto bastante fundamental.

Ya hemos dicho que consideramos el trabajo de Pastor como un buen aporte analítico, que responde sobradamente a las pretensiones del autor y que puede ser de utilidad para el trabajo académico. Con todo y como es normal, hay aspectos de la obra que bien pueden ser discutidos. A manera de ejemplo, mencionaremos uno de ellos, por cierto bastante fundamental.

Al definir una ideología como un conjunto sistemático de actitudes, el concepto de actitud carga con la pesada tarea de mostrar la mediación de lo social en lo individual. Esto no queda nada claro en la obra de Pastor, quien se limita a una revisión bastante estereotipada de ese concepto. El peligro entonces es el de bordear y aun caer en un cierto individualismo cuando no es un psicologismo, que poco o nada operativiza los grandes ejes de lo que es la ideología tal como la plantean los autores clásicos que se revisan en el primer capítulo del libro. No es de extrañar, entonces, esta reticencia de Pastor a considerar el influjo de la clase social como algo poco propio de la psicología social.

Hay algo de fondo que nos deja un mal sabor de boca en este libro de Pastor. Parecería que el autor vivió una experiencia personal política que le dejó una huella negativa respecto a las posturas de "izquierda". De hecho, las críticas que hace a las visiones "izquierdistas" no encuentran paralelo en las visiones "derechistas". En algunos pasajes adopta incluso un tono de escepticismo muy a la europea, como de quien ya está de vuelta de todo. En este sentido, bien pudiera ser que el aprecio que más o

menos expresamente manifiesta por alguno de los planteamientos de Eysenck tuviera más raíces que las de un juicio estrictamente técnico, si es que tal cosa puede darse.

Resulta útil el índice que se pone al principio de cada capítulo; pero se echa de menos un índice analítico, aditamento cada vez más indispensable en obras de consulta. Y precisamente porque éste es un buen instrumento de trabajo, debería añadirse un índice temático y otro de autores en ediciones sucesivas.

I. M. B.

Silvia Bonino. *La frustración en la dinámica del desarrollo*. (Traducción de Joan Llopis.) Barcelona: Editorial Herder, 1984.

En psicología, se entiende por frustración el bloqueo de una actividad orientada hacia el logro de un fin. La obra clásica del equipo de Yale dirigido por J. Dollard ha llevado a que, por lo general, sólo se piense en un tipo de reacciones a la frustración, las de carácter agresivo. La bien conocida tesis de Yale de que a toda agresión precede alguna forma de frustración ha sido muy estimulante y ha iluminado no pocos problemas de las relaciones interpersonales. Sin embargo, ha producido también cierto estrechamiento de la perspectiva sobre esa experiencia tan humana de la frustración.

Porque el punto de partida del trabajo de Silvia Bonino es que "la frustración no se puede eliminar; forma parte de nuestra condición psicobiológica y nos acompaña desde el nacimiento hasta la muerte" (pág. 11). Ahora bien, el ser humano no es un simple sujeto de respuestas, un ser puramente reactivo (concepción que inevitablemente amenaza al conductismo, incluido al que influyó en el equipo de Yale), sino que se caracteriza por la actividad, es decir, por la exigencia de "superar los límites impuestos por su misma naturaleza física y biológica" (pág. 12). En consecuencia, Bonino considera que la frustración puede ejercer una función positiva en

la experiencia humana, siempre y cuando se constituya en un estímulo para la creatividad y la superación. De ahí el título de esta obra, "La frustración en la dinámica del desarrollo;" se trata de examinar en qué condiciones la frustración puede contribuir al desarrollo del niño, y en qué condiciones puede obstaculizarlo.

Bonino distingue, teórica y empíricamente, tres tipos principales de reacción a la frustración: las constructivas, las agresivas y las regresivas. Se trata de categorías motivacionales y dinámicas, no de simples categorías comportamentales y, por consiguiente, cada una de ellas engloba una variedad de comportamientos posibles. Las reacciones constructivas se dan cuando "la persona, después de haber valorado la naturaleza y característica del obstáculo que se opone al logro de la meta, realiza unos comportamientos dirigidos a alcanzar el objetivo prefijado y a superar el obstáculo" (pág. 17). Para Bonino, una situación frustrante que no permita reacciones constructivas no es positiva para el desarrollo del niño (pág. 20). Las reacciones agresivas proporcionan seguridad a la persona y la preparan para una reacción más positiva. Finalmente, las reacciones regresivas constituyen también la búsqueda de la seguridad personal, pero "a niveles inferiores de funcionalidad psíquica" (pág. 33). Se trata del tipo de reacciones más graves y, lamentablemente, suelen ser más aceptadas por el medio social que las agresivas; "el niño aprende así a adaptarse a un modelo impuesto tácitamente, que privilegia la inacción y la retirada de la realidad más que la intervención activa en lo real" (pág. 36).

El libro de Bonino se divide en siete capítulos: el primero examina las reacciones a la frustración y sus funciones; el segundo plantea el problema de la tolerancia a la frustración; el tercero examina las diferencias frente a la frustración debidas al sexo y el cuarto las debidas a la edad; el quinto estudia la frustración en el contexto de las relaciones sociales y el sexto al interior de los grupos escolares; finalmente, el capítulo séptimo analiza las características del agente frustrante.

Uno de los grandes aciertos de este pequeño libro es su claridad y utilidad. La autora teoriza, pero sus reflexiones están al alcance de cualquier educador. Más aún, representa los resultados de una serie de estudios experimentales sobre las respuestas a la frustración sin magnificar su sentido ni dar demasiado peso a las variables (lo que con frecuencia aboca a su cosificación), ofreciéndolos más bien como ilustración parcialmente confirmadora de sus planteamientos teóricos. Finalmente, es notable el esfuerzo por hacer aplicaciones o insinuar conclusiones para el trabajo educativo. Todo ello hace que se trate de un libro muy valioso.

Una realidad como la salvadoreña es fuente permanente de frustraciones para la mayoría de los niños. Saber cómo ayudar para que las personas no se refugien en formas de regresión conformista, sino que aprendan a enfrentar constructiva y creativamente el reto de sus circunstancias, es un conocimiento de primordial importancia para quienes tienen responsabilidad educativa y social. El libro de Bonino es, en este respecto, un instrumento de mucho valor.

I. M. B.